

Ni invisibles, ni inservibles: cuerpos viejos de la resistencia en contextos semiurbanos de Chiapas

*Araceli Dennise Díaz Pedroza**
*Karla Jeanette Chacón Reynosa***

Resumen

El cuerpo encarna un sistema capitalista altamente competitivo, y en él las categorías de juventud y vejez aparecen como relacionales, puesto que se ha optado por reproducir visiones occidentalizadas hegemónicas de un cuerpo joven como máquina de bienes, belleza, salud y vida, en las cuales los cuerpos viejos han quedado sometidos a una posición de declive, letargo e inclusive muerte. A partir de un estudio fenomenológico-hermenéutico centrado en las narrativas proponemos visibilizar cuerpos viejos en contextos semiurbanos chiapanecos que desestabilizan las fronteras del “deber ser”, cuerpos que irrumpen y resignifican, desde las categorías de trabajo y sexualidad, la edad avanzada, demostrando que es una construcción sociocultural que va más allá de una mirada reduccionista biológica y de escuetas imposiciones.

Palabras clave: cuerpo, abyección, trabajo, sexualidad, resignificaciones.

* Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Humanidades, campus VI. Correo electrónico: [dennise_diazpedroza@hotmail.com].

** Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Humanidades, campus VI. Correo electrónico: [karlachaconreynosa@gmail.com].

Abstract

The body embodies a highly competitive capitalist system, and in it the categories of youth and old age appear as relational, since it has chosen to reproduce hegemonic westernized visions of a young body as a machine of goods, beauty, health and life, where old bodies have been subjected to a position of decline, lethargy and even death. Based on a phenomenological-hermeneutical study focused on narratives, we propose to visualize old bodies in Chiapas' semi-urban contexts that destabilize the borders of what "ought to be", bodies that break in and resignify, from the categories of work and sexuality, demonstrating that the advanced age is a socio-cultural construction that goes beyond a biological reductionist look and short impositions.

Keywords: body, abjectness, work, sexuality, resignifications.

Introducción

El cambio en la pirámide poblacional, producto de un notable aumento en la esperanza de vida, en combinación con una disminución considerable de la tasa de natalidad y mortalidad, da cuenta de un proceso que inició en la sociedad industrial y que ha comenzado a acelerarse en los últimos años, tornándose imposible ignorar su impacto analítico en el campo de las ciencias sociales y humanas desde una perspectiva analítica.

Desde las sociedades occidentales, el cuerpo es significado a partir de un sistema capitalista y altamente competitivo, en el que las categorías de juventud y senectud son opuestas y relacionales, puesto que se ha optado por reproducir visiones hegemónicas de un cuerpo joven como máquina de bienes, belleza, salud y vida: "en un mundo en mutación en que las máquinas tienen una carrera muy corta, los hombres no deben servir demasiado tiempo. Todo lo que excede de 55 años debe ser arrumbado" (Leach, 1968, citado en Beauvoir, 2011:13).

Las discriminaciones, violencias y exclusiones sobre los cuerpos viejos son evidentes y naturalizadas; según Pallarés (2020), es un ismo postergado (después del racismo y sexismo) que afecta y afectará en gran medida a las personas, independientemente de su edad. El *edadismo*¹ es un término que ni siquiera es reconocido por el diccionario de la Real Academia Española (RAE), pero permanece presente en nuestras cotidianidades y se experimenta como discriminaciones y violencias naturalizadas hacia los cuerpos viejos en diversos espacios de la vida social pública y privada, al estereotipar y marcar a quienes llegan a los 60 años como cuerpos inservibles. A esta discriminación se suman pequeños actos que pasan desapercibidos e incluso se normalizan desde las cotidianidades, que son igualmente denunciables y reprochables:

Estar en la fila de un supermercado y que alguien empiece a resoplar porque una persona mayor tarde unos minutos más en pagar o en recoger su compra que un joven con prisas criado en la cultura de la inmediatez; comparar a los mayores con los niños; las fotos que eligen los medios de comunicación para ilustrar las noticias sobre mayores, generalmente personas sentadas en bancos; llamar abuelos a los mayores sin tener ese rol familiar; hablar en alto a los mayores sin que tengan ningún problema de audición y dar por sentado que alguien mayor no va a saber mandar un mensaje de WhatsApp solo por su edad, son solo algunos ejemplos (Olavarría, 2019: s.p.).

Los estereotipos por la edad (que evocan la pérdida del vigor sexual y la habilidad para el trabajo) son evidentes a través de dichos y refranes populares que discriminan y aluden satíricamente la experiencia de los cuerpos viejos: “capaz se va a morir en el acto”, “ya ni se le para”, “que asco, toda arrugada”, “este lugar ya no es para él/ella”, “ya está chocheando, que mejor se vaya a su casa a dormir”, “sólo

¹ De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), el término hace referencia a la forma de pensar (estereotipos), sentir (prejuicios) y actuar (discriminación) con respecto a los demás o a nosotros mismos por razón de la edad. Fue el gerontólogo y psiquiatra Robert Butler quien acuñó el término en 1968 para referirse a la discriminación de viejos/viejas basada en prejuicios y estereotipos respecto a la edad.

sirve para tejer y ver la televisión”; dichos estereotipos son visibles en el contexto donde se desarrolla esta investigación: Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, como lugares de enunciación.

Sin embargo, estos prejuicios que etiquetan también han sido aprehendidos e incorporados por los propios viejos y viejas debido a sus posibilidades e imposibilidades en la vida cotidiana, al expresar temores propios o ajenos, así como desafíos en la vejez: “para qué aprendo si ya estoy más pa’allá que pa’acá”, “de joven cirquero, de viejo payaso”, “ya no estoy para esos trotes”, “vive al máximo ahora que eres joven, porque luego...”, “de algo me voy a morir”, “vieja ridícula, si en mi juventud no me vestí así, ahorita menos”, “a mis años... es ya imposible”, “a mi edad ya es malo pensar en hombres, yo me dedico únicamente a mis nietos”; estas frases revelan una máxima del sistema capitalista neoliberal: la glorificación de la juventud.

Justamente, nuestro interés está centrado en presentar un análisis contextual de la vejez desde las prácticas de resistencia de las personas mediante sus cuerpos viejos frente a una sociedad neoliberal que los percibe como inservibles, contexto que ubicamos particularmente en Chiapas, un estado que de forma acelerada incrementa su población mayor (y la que futuramente envejecerá) en dos municipios que presentan las cifras más altas: Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas.

Para el análisis presentamos las narrativas de aquellos cuerpos interpelados desde una percepción de “viejos/as improductivos/as” que se resisten a continuar incorporando el estigma en cuanto a que tienen una fecha de caducidad, creando y recreando prácticas corporales que se oponen a la invisibilización para tomar como propias su sexualidad y práctica laboral, categorías que permanecen íntimamente asociadas y capitalizadas con mayor énfasis² en los cuerpos jóvenes.

² Nuestro interés está en el diálogo con determinadas vejeces emergentes en contextos semiurbanos. No pretendemos generalizar la vivencia de las vejeces, sino, más bien, matizar cómo se manifiestan ciertas resistencias al edadismo desde las categorías de sexualidad y trabajo.

Estos cuerpos rompen con los estereotipos establecidos socialmente y demuestran que la edad es una construcción cultural que va más allá de la biología o la anatomía de los órganos y sistemas, sin embargo, ¿qué representa para ellos y para ellas vivir desde estos cuerpos que son conceptualizados como caducos e inservibles?, ¿cómo han sobrellevado un contexto que constantemente les señala y limita?, ¿qué re-significaciones han obtenido ante lo hegemónicamente establecido?

La sociedad semiurbana chiapaneca, en los casos concretos de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, ha visto expectante cómo determinadas viejas y viejos resisten todos los días desde sus contextos, lo que nos lleva a replantear la idea homogénea de un cuerpo viejo. No habitan el cuerpo, *son* ese cuerpo; ese cuerpo que ha contenido años y ha hecho frente es: “un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales” (Esteban, 2004:59).

Es importante virar hacia un grupo que ha permanecido invisibilizado; comprender y leer desde las pieles de los actores principales qué representa verdaderamente para ellos y para ellas ser viejo/vieja, y la manera de proyectarse ante el mundo. El interés no está en generalizar una determinada vejez de Chiapas, ni siquiera entenderla como un colectivo altamente indiferenciado, sino, más bien, concentrarnos en conocer cuáles son las prácticas de contingencia de estos cuerpos envejecidos en su red de relaciones: el contexto frágil y susceptible al determinismo neoliberal y biológico de los cuerpos, de cómo la edad es una evidencia de la obsolescencia, apatía y vulnerabilidad en el término de una “vida productiva”.

A continuación, se problematizan los sujetos de estudio desde la socioantropología del cuerpo, al analizar el cuerpo –base de sentido de la acción social– situándolo como una estructura diferenciada simbólica y materialmente por género, clase social, edad, trabajo, sexualidad y por el poder que la cultura inscribe y reinscribe en ellos, desde el cual desarrollan técnicas propias de cuerpos viejos y aprenden una manera de llevar el cuerpo y de hacerlo para la

sexualidad, el erotismo y la calificación para el trabajo como medio de resistencia corporal.

Discriminación de los cuerpos viejos: lo abyecto que se revela en la edad

Todas las personas tenemos un cuerpo, habitamos un cuerpo, somos un cuerpo, pero no para todos/todas representa lo mismo ante nuestros propios ojos, ni ante la mirada expectante de una sociedad que impone cánones (de belleza, productividad, etcétera), los cuales, estandarizados, se convierten en norma; esto abre paso a la configuración de lo abyecto que emana desde las corporalidades y que se traduce en la repugnancia e indignación que genera exclusión, violencia física, laboral o simbólica sobre los cuerpos.

Cuando nos referimos a la *abyección*, destacamos lo planteado por Carlos Figari (2009) cuando expresa que “la diferencia en sí misma encierra el germen de la abyección. Todo proceso de diferenciación supone una ontologización en términos binarios, lo cual a su vez se expresa en términos de semantización de opuestos” (2009:131). La relación binaria (hombre/mujer, joven/viejo, blanco/negro, bueno/malo, legal/ilegal, etcétera), naturalizada desde el cuerpo, permite dilucidar la necesaria existencia de un Otro que otorga sentido de oposición, desde la cual es posible observar una ventaja y una desventaja, un valor y una discriminación, algo deseable y algo repugnante, lo inspirador y aquello que es temido; todo esto que se traduce, de acuerdo con Figari, en términos de *subalternidad*:

La subalternización supone relaciones en posición de alteridad en las que el “otro” siempre es construido por el *grande-autre*, en cuyo mirar el sujeto se identifica. La relación de alteridad formulada en los términos “Otro-otro” especifica la dialéctica de autoconstrucción del Otro dominante en la medida que produce los “otros” sujetos subalternos (Spivack, 1985, citado en Figari, 2009:132).

En el binarismo joven/viejo encontramos que la subalternidad no implica únicamente una relación de oposición, sino que dicha oposición se encuentra cargada de valoraciones y emociones, “el tipo y la densidad de las emociones implicadas en la relación subalterna, determina si tal relación supone la generación de un sujeto denominado abyecto” (Figari, 2009:132). El cuerpo viejo es abyecto y carga la opresión, enfermedad, improductividad, desesperanza y repugnancia, frente a los cuerpos jóvenes que han sido conceptualizados dentro de las sociedades capitalistas como cuerpos del deseo, del dominio, de la productividad, la salud, la esperanza y la ilusión. Son los cuerpos abyectos, impensables, marcados como invivibles (Butler, 2006), construidos a partir de la exclusión. Los cuerpos abyectos e invivibles son necesarios para establecer la normalidad de los otros cuerpos, ya que los cuerpos jóvenes eróticos perviven para constituir a los otros, a los pensables, a los vivibles.

En el terreno de las emociones, lo abyecto sería representado desde la repugnancia, la cual, según Nassbaum (2006, citado por Figari, 2009), nos sitúa en el campo del asco, de aquello que nos remite al no ser y a la falta de humanidad; todo aquello que debe ser evitado, segregado, discriminado e incluso eliminado; lo peligroso, lo inmoral, lo no deseable. Canas, arrugas, condiciones de salud/enfermedad, letargo, jubilación, aislamiento, viudez, todo, reducido a cuerpos abyectos, cuerpos de la repugnancia que alteran y amenazan la sensación de identidad.

El ser abyecto, o poseer un cuerpo de la abyección (en este caso, un cuerpo viejo), refiere precisamente la otredad, una otredad contenida a través de una configuración universal que se enmarca en un sentido hegemónico y dominante; sin embargo, ese otro se sustenta como necesario en una relación binaria (joven/viejo) que permite seguir (re)produciendo dominaciones, discriminaciones y racismos..., ese otro que es ineludible para la conformación de lo correcto, de lo “normal”, lo bello, lo deseable.

Con relación a la discriminación sobre los cuerpos, Restrepo (2012) menciona que, contrario a lo que muchas personas pudieran considerar como algo históricamente superado, sigue constituyendo

una realidad persistente en las sociedades contemporáneas. El racismo y la discriminación son fenómenos con profundos alcances estructurales que atraviesan no sólo acciones, sino pensamientos en la cotidianidad, de forma que se naturalizan y pasan casi desapercibidos por el resto de la población. La discriminación hacia los cuerpos viejos supone una coyuntura de exclusión ante un favoritismo implícito de los cuerpos jóvenes relacionados con características positivas, como belleza, vida, producción, capacidades, ilusiones, futuro, etcétera. De acuerdo con Restrepo (2012), los cuerpos están en un sistema de clasificación y tipificación que:

Implica la clasificación de una persona o colectividad de tal manera que la distingue claramente de otras personas o colectividades. Esta diferenciación recurre a una serie de imágenes y concepciones existentes de antemano por parte de quien ejerce la discriminación. Los estereotipos son algunos de las más extendidas imágenes o concepciones previas sobre las que se establece este acto de diferenciación propio de la discriminación. Los estereotipos suponen ideas prefabricadas que alguien proyecta sobre todo un grupo de personas por su origen, su condición o apariencia (2012:174).

La existencia de estereotipos relacionados con la edad avanzada no sólo constriñe a los cuerpos, sino que origina una dislocación social de viejas y viejos, de acuerdo con Thomas McGowan (citado en Mingorance, 2014), en la cual los roles y el estatus social existentes hasta el momento se pierden, lo que restringe la participación en el manejo de su vida, sus roles económicos, familiares, laborales y sociales. Se detalla que en culturas en las cuales el prejuicio tiene un lugar preponderante, el envejecimiento es objetivado como algo altamente negativo, lo cual produce una devaluación que puede tomar formas de discriminación interpersonal (micro) o institucional (macro) hacia los cuerpos viejos.

Significaciones del cuerpo viejo desde una construcción sociocultural

La transición demográfica y sus efectos (económicos, tecnológicos, educativos, de salud, etcétera), masificados en todo el mundo, sin duda trazan desafíos ante lo que se ha normalizado e internalizado durante décadas, muchas veces, sin ser lo mínimamente cuestionados. El envejecimiento de la población efectivamente nos exhorta a replantear y examinar las condiciones sociales de un colectivo específico que aumenta considerablemente; a visualizar el poder inmerso en las pocas o nulas oportunidades existentes para el desarrollo libre, integral; e inclusive nos invita a estudiar la forma en la que hemos decidido nombrarlos y posicionarlos en una sociedad que pareciera no detenerse a mirarlos.

Diversos autores desde múltiples ramas científicas insisten en hallar una definición única para la “vejez” y los procesos que experimentan los cuerpos viejos; no obstante, aún permanecen ignoradas las experiencias y los sentidos del grupo poblacional más amplio y heterogéneo (que oscila entre los 60 y 100 años, dependiendo de la esperanza de vida del contexto que se aborde), se encuentra expuesta la problemática mediante múltiples términos que pelean entre sí para ser considerados como únicos, aunque su definición siga siendo reduccionista y abordada desde una edad puramente cronológico-biológica, basada en patologías, fármacos, órganos y funcionamiento de sistemas, dejando fuera la cultura y a sus sujetos. De esta manera, hoy en día es posible escuchar discursos sobre: senectud, tercera edad, etapa de oro, entre otros muchos más, pero ¿bajo qué situación y en qué condiciones abordamos a los cuerpos viejos?

Georges Minois responde en la introducción de su libro *Historia de la vejez*, que “vejez” es un término impreciso y cuyo sentido sigue permaneciendo difuso:

Biológicamente los hombres comienzan a envejecer desde su nacimiento, pero con ritmos muy distintos. La situación social, el modo de vida, el entorno cultural acelera o retrasa la evolución bio-fisiológica y nos in-

roducen en la vejez a edades muy diversas [...] la vejez es una realidad, rechazada por los que aún no han llegado a ella y mal vivida a menudo por los ancianos (1987:43).

Si consideramos al cuerpo como una construcción social, hablar de envejecer es hablar entonces de un cuerpo que se expresa de distintas maneras y por medio de distintas vías, sin embargo, objetivar un término homogéneo basado en reducciones orgánicas parece una tarea sumamente llana; tal como lo expresan Alvarado y Salazar (2014):

Lehr, Laforest, Gómez y Curcio coinciden en tratarlo como un proceso dinámico, multifactorial e inherente a todos los seres humanos. Mientras que la Organización Mundial de la Salud (OMS) lo define como el proceso fisiológico que comienza en la concepción y ocasiona cambios en las características de las especies durante todo el ciclo de la vida; esos cambios producen una limitación de la adaptabilidad del organismo en relación con el medio. Los ritmos a que estos cambios se producen en los diversos órganos de un mismo individuo o en distintos individuos no son iguales (2014:58).

De esta manera, la mayoría de las definiciones relacionadas al envejecimiento y a la vejez se encuentran cargadas de biología, fisiología y morfología, y olvidan e ignoran el papel que juegan los aspectos sociales y culturales en la construcción holística de los cuerpos que envejecen. Vale mostrar las divisiones que se han utilizado para abordar al cuerpo, generando miradas duales muy marcada aún en nuestros tiempos, que imposibilitan una mirada holística de los cuerpos viejos. Rábade (2003) expresa:

—Primero: por cuerpo entendemos un organismo físico o fisiológico con unas estructuras determinadas: esqueleto, sistema nervioso, sistema arterial, venoso, etcétera. El cuerpo así entendido es un objeto físico, de especiales características, similares, en definitiva, a las de otros seres vivos complejos. De tal cuerpo podemos hacer estudios científicos de diversa índole, someterlo a cuantificaciones, analizarlo de diferentes maneras, en una palabra, objetivarlo desde plurales perspectivas.

—Segundo: por cuerpo tenemos que entender también eso indefinible que sentimos, vivenciamos, experimentamos, en casi total inmediatez; algo que no podemos objetivar, porque, al objetivarlo, dejaría de ser el cuerpo sentido, vivenciado, inmediatamente experimentado (citado en López, 2008:47).

Martínez (2004), por su parte, refiere una dualidad (cuerpo como unidad física y cuerpo como expresión máxima del ser) que tuvo sus inicios en la sociología, en donde la sociobiología se encargó de una consideración del cuerpo mediante una base biológica y presocial sobre la cual se crearon estructuras del yo y de la sociedad; mientras que autores como Douglas, Goffman y Foucault se inclinaron por una mirada constructivista que concebía al cuerpo como algo que pertenece íntimamente a la cultura y no a una condición biológica excluida. Una de las razones por las cuales los teóricos sociales descuidaron el cuerpo como objeto de estudio fue la concepción de que la biología no pertenece a la cultura, por lo cual debía ser explicada únicamente con base en el funcionamiento de los órganos y sistemas: “El cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo. El cuerpo y su simbolización dependen de su cultura y de su visión del mundo, a través de ella comprenden y vinculan su persona, sus enfermedades y sentimientos, se posiciona ante el otro y ante la naturaleza” (Le Breton, 2008, citado en Cervantes, 2011:107).

En *La voluntad de saber*, Foucault (2002, citado en Moya, 2013) plantea empezar a virar la mirada hacia el desarrollo del interés político por la vida misma a partir del siglo xvii, y propone dos maneras particulares para lograrlo: la primera, centrada en el cuerpo como máquina (con implicancias anatómicas y políticas), que se materializa con el sometimiento y la corrección del cuerpo; la segunda, desde mediados del siglo xviii, cuyo objetivo es el cuerpo visto desde la especie, centrada en la generación de medidas de intervención y gestión sobre las tasas de natalidad, el manejo del binomio salud/enfermedad y la postergación de la muerte. Desde esta concepción, el cuerpo constituye una organización estructurada que regula los poderes sobre la vida. Ambas conceptualizaciones que propone Foucault permanecen

unidas, formando parte de una complementariedad que permite iniciar el análisis de un colectivo que ha permanecido en la sombra de una sociedad que tiene puestas sus ilusiones en patrones de producción y de estética, en una belleza del y para el consumo. Como lo expresa Pera (2012) a finales del siglo xx, el cuerpo se convirtió, impulsado por los intereses de sociedades del y para el consumo, en el punto central de una de las preocupaciones más dominantes de nuestra sociedad: alcanzar cuerpos sanos, libres de menosprecios, fuertes, etcétera, que reproduzcan el canon estético dominante, en los que se retrase lo más posible o se disimule el deterioro biológico.

Mary Douglas (1988, citado en Martínez, 2004), por su parte, enfoca sus fuerzas en reconocer la existencia de dos cuerpos que están moldeados por la interrelación de ambos: el cuerpo físico y el cuerpo social; afirma que el cuerpo social restringe el modo en que se percibe el cuerpo físico. Douglas establece el hilo conductor para hacer visible las implicancias que tiene lo social y lo cultural en la constitución de un cuerpo envejecido; cuerpos que, marcados por los años, expresan una presión social dentro de un contexto que privilegia lo joven e invisibiliza y silencia lo viejo por considerarlo feo, débil, enfermo, moribundo, triste, etcétera. Debido a esto, Becerril, Bores y Rey Niño (2017) exponen:

Cohabitamos dentro de una complicada red de factores y situaciones culturales que influyen en la imagen social de la vejez. Partimos de la idea de que el “rechazo cultural y estético de lo viejo y de lo feo” lleva a asignar connotaciones negativas a las personas viejas, genera desigualdades y excluye a las personas mayores de los sistemas normalizados de participación social. Nos desarrollamos en una cultura en la que se esconde (consciente o inconscientemente) lo viejo, lo feo, y se evita visibilizar la vejez como una etapa más en la vida (2017:141).

Así, la situación social que se experimenta y se reproduce en la vejez se instaura en el cuerpo, ciñéndolo y convirtiéndolo en un símbolo de ésta; esos cuerpos pasan a ser simples entes receptores de cuidados, fármacos, *spots* publicitarios de pañales para adultos, casas

de retiro, estambres, hilos, etcétera, invisibilizando las heterogeneidades que se presentan en esa etapa del curso de vida; la vejez como herramienta útil del neoliberalismo en tanto que:

prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace en el viejismo el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro. Vemos a los jóvenes temiendo envejecer y a los viejos envidiando a la juventud. El viejismo no sólo disminuye la condición de las personas mayores, sino la de todas las personas en su conjunto. Por último, por detrás del viejismo encontramos un narcicismo corrosivo, la incapacidad de aceptar nuestro destino futuro. Estamos enamorados de nosotros mismos jóvenes (Butler, 1993, citado en Mignorance, 2013:46).

Ser viejo/vieja en Chiapas

El proceso de envejecimiento no tiene vuelta atrás y debe asumirse como un desafío, esto significa que se tendrá menos tiempo y se dispondrá de menos recursos para adaptarse a las consecuencias económicas, sociales y culturales, destacando las siguientes (Vázquez, 2004):

- La insuficiencia financiera y actuarialmente deficitaria de la seguridad social y los sistemas de retiro y pensiones.
- La inequidad y desigualdad en la distribución de la riqueza.
- El desplazamiento hacia edades mayores en la composición de la fuerza de trabajo y su repercusión en los mercados laborales ante la globalización económica, la transformación y tecnificación de los métodos de trabajo y los cambios en los modelos de desarrollo.
- El cambio en las relaciones familiares cada vez con más miembros envejecidos (especialmente mujeres) que hacen cada vez más difícil soportar las necesidades de apoyo.
- La falta de tolerancia, justicia y armonía en nuestra sociedad sobre todo cuando estas transformaciones no sólo se espera que

continúen, sino que se aceleren y que las alternativas en cuanto a políticas públicas sean tan endebles todavía.

Sin embargo, este proceso demográfico no ocurrirá de manera homogénea dentro de cada una de las 32 entidades federativas de México. Ser viejo o vieja en Chiapas, particularmente en Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, no es semejante a ser viejo o vieja en Finlandia, porque en Chiapas el contexto implica:

- Precarización e inseguridad laboral, acompañada de un sistema de pensiones raquíticas (en algunos casos nulos por los altos índices de empleos desempeñados desde la informalidad) que imposibilita imaginar mejores formas de vivir los últimos años del curso de vida.
- Múltiples patologías crónicas degenerativas envueltas en un sistema de salud colapsado, carente y sumamente edadista.
- Un trato impersonal desde una posición infantilizada, que obliga a realizar determinadas actividades (como la crianza de otros miembros de la familia) sin tomar en cuenta su parecer o deseos.

La Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores en México, que fuera creada durante el sexenio de Vicente Fox Quesada (2002) con el objetivo de garantizar derechos a la población envejecida y establecer disposiciones para su cumplimiento, a 18 años de su formulación, el panorama no es tan distinto ni esperanzador en Chiapas. El capítulo I de dicha ley reconoce como principios fundamentales la autonomía y realización, equidad, corresponsabilidad, atención preferente y participación —esta última entendida como la inserción plena de viejas/viejos en todas las esferas la vida pública—, promoviendo su presencia e intervención en temas que les conciernen. Sin embargo, desde las diversas realidades que experimentan algunos viejos/viejas chiapanecos/as, se reconoce una sociedad que ha callado las voces de aquellos cuerpos que “ya no importan”, que “no tienen nada nuevo o interesante que ofrecer”, convirtiéndolos únicamente en receptores asistencialistas y no en sujetos de derechos, e

ignorando su capacidad de agencia para actuar en y desde su propio contexto. Tal como lo menciona Joaquín (73 años), colaborador de esta investigación:

Yo creo que nosotros aún tenemos mucho por decir, por hacer y por actuar, pero ya nos consideran como unos viejos tontos, anticuados o pasados de moda; creo que cada vez más gobernantes están llegando al poder muy jóvenes y creen saber todo de la vida, pero les falta aún mucho por vivir, por caerse, por levantarse y por volver a tropezarse... nosotros eso ya lo vivimos y aquí seguimos, vivos [entrevista].

Las condiciones en las que envejecen algunas personas en contextos semiurbanos, como los de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, orillan a pensar e imaginar a la vejez y a las propias viejas y viejos desde la marginalidad, en la precariedad, porque el problema de fondo radica en la dependencia, la manutención y el cuidado:

Para un sector importante de ancianos, la experiencia de envejecer se encuentra cara a cara con la experiencia de vida en un contexto adverso, donde las posibilidades de una vejez autosustentable puede llegar a ser inasequible, incluso para quienes tienen algún tipo de seguridad social (Osorio, 2016:141).

Derivado de esto, se torna necesario enfatizar la gran heterogeneidad de ese colectivo etario, puntualizando que, para algunos casos, desde contextos rurales y en zonas indígenas, las viejas y los viejos representan sabiduría, victorias y respeto, lo cual es perceptible en la imagen de las viejas curanderas, los chamanes, las parteras y los Consejos de Ancianos.

Sin embargo, estas poblaciones también se encuentran experimentando el debilitamiento del poder que la edad avanzada representaba, afrontando un panorama violento, discriminatorio y hostil para las personas mayores:

Hoy día, varios pueblos han perdido esta figura o al menos no existe en su concepción original, sino que sus funciones han sido restringidas

principalmente a ámbitos de carácter religioso y, en menor medida, a actividades sociales, donde poco o nada influye en la toma de decisiones político-comunitarias ejercidas desde el cabildo, la asamblea y otras formas de organización social como el comisariado de bienes comunales o el ejido (Reyes *et al.*, 2013:10).

El momento de gloria de viejos y viejas se vivió en épocas más primitivas, cuando existía una cultura en su mayoría ágrafa. Luego de esos remotos tiempos, su consideración social sufrió diversas vicisitudes, durante la mayor parte del pasado tuvo más bien un rol desmedrado. Ahora, su circunstancia ha cambiado y también la consideración hacia ellos; su estimativa está en directa relación con un horizonte cultural y contextual (Trejo, 2001).

En Chiapas, el contexto edadista (en zonas rurales, indígenas, urbanas o semiurbanas como los casos de investigación) nos obliga a pensar en escenarios desiguales, en discriminaciones sobre los cuerpos viejos, el ensordecimiento de voces y la falta de reconocimiento de los derechos humanos que nos remite a ver cómo viejos y viejas resisten y emergen de estos escenarios.

Metodología

Al partir de un carácter transdisciplinar, se conformó una metodología con diferentes técnicas, las cuales permitieron conocer, analizar e identificar las autodefiniciones y significaciones que los sujetos realizaban en torno a la sexualidad, el trabajo, la juventud, el mundo donde se desarrollan y, por supuesto, su situación social como viejos/viejas dentro de un entramado sociocultural que construyen y los construye al mismo tiempo. Se exponen las técnicas y herramientas metodológicas que organizan el acercamiento al tema y a las/os colaboradoras/es al responder a los interrogantes: ¿desde dónde se investiga?, ¿por qué? y ¿cómo se investiga?

Se hace hincapié en las realidades y no en una única realidad homogénea y estática en el tiempo; de este modo, de acuerdo con Gurdíán

(2007), es importante, desde la investigación social cualitativa, no seguir relacionándonos con el mundo como si las realidades tuvieran la forma de un objeto, de algo lejano, distanciado y extraño para nosotras como investigadoras. Por el contrario, es imperante reconocer que las realidades aparecen de manera dinámica, indeterminada y muchas veces inciertas, involucrando de esta manera nuestra participación en los espacios conversacionales que construyen la información.

Bajo estos preceptos se retoma el enfoque fenomenológico-hermenéutico como una respuesta oportuna a los objetivos que se buscaba alcanzar al fundamentarse en “el estudio de las experiencias de vida, respecto de un suceso, desde la perspectiva del sujeto. Asume el análisis de los aspectos más complejos de la vida humana” (Fuster, 2019:202).

Mediante la interacción con los cuerpos viejos, buscamos un reconocimiento de los contenidos de su conciencia y la comprensión de estos mediante el diálogo. De manera que el análisis giró siempre en torno al “cómo” y no precisamente al “qué”, lo que permitió interpretar las experiencias vividas, las cuales han posibilitado romper con los discursos hegemónicos estereotipados con relación a la edad avanzada. En cuanto a las narrativas, de la mano de Leonor Arfuch (2016), fueron parte esencial del andar investigativo:

La investigación desde la narrativa requiere ante todo una posición de escucha atenta: no solo el qué sino también el cómo del decir; no solo el contenido de una historia sino los modos de su enunciación; no solo el contorno de una imagen sino su profundidad, su fondo, aquello que oculta tanto como muestra. Una escucha como tensión, disposición hacia el otro, que supone tanto la apertura afectiva, la percepción de los detalles, como una fundada curiosidad analítica (2016:235).

Sin embargo, uno de los grandes retos que se presentan cuando se proyecta un encuentro con actores sociales es el desvanecimiento de las certezas, el orden lineal y la premeditación, para dar cabida a un ir y venir de la información, las experiencias, las voces y los silencios. Al igual que un rompecabezas, cada una de las piezas fue

pensada con el objetivo de articular un todo. Por ello, llegamos a la determinación de generar encuentros casuales en lugares donde fuese más cómodo para cada uno de ellos (siendo de manera casual, todos en el hogar) con el objetivo de generar vínculos de confianza por la convivencia sostenida, al hablar sobre su día a día, sus familias, el clima o cualquier tema que permitiese una comunicación fluida entre las dos partes. De estas charlas informales, que constaban de dos o incluso hasta tres horas en cada encuentro, se rescataron elementos importantes.

Posterior a varios encuentros, con una confianza en constante construcción, se decidió aplicar entrevistas conversacionales (libres o no estructuradas), desde donde se abordaron puntos sobre su propia vejez, la juventud, las discriminaciones, el lugar donde las experimentan y, por supuesto, sin dejar de lado las ideas centrales sobre trabajo y sexualidad para identificar y analizar la forma en que re-significan sus prácticas corporales, ya que dicha re-significación constituye la noción de una vejez emergente y disidente.

Se trabajó en Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas, Chiapas, con cuatro personas adultas mayores, a quienes, durante el desarrollo de la investigación y el trabajo de campo, hemos decidido nombrar *cuerpos viejos de la resistencia*, debido a que no han querido ser nombrados “personas adultas mayores”, menos como “viejitos”, solamente viejos y viejas como una manera de reivindicar la palabra.

Sus relatos biográficos hacen hincapié en aspectos vivenciales, y por medio de la narrativa se conoce y representa la vida cotidiana y el contexto específico, al evocar aspectos concretos que han definido su identidad y trayectoria; tal como lo expresa Arfuch: “Si el acontecimiento habita el lenguaje lo hace en una noción de discurso que no se deslinda de él: discurso no solo como palabra sino también cuerpo, gesto, acción, forma de vida” (2016:236).

El grupo de personas con quienes trabajamos no forma parte de una muestra que pretenda generalizar ni homogenizar la vejez, es una selección aleatoria y particular que proyecta la necesidad de hablar sobre vejezes, de cuerpos, de realidades heterogéneas y dinámicas en los procesos diferenciados de envejecimiento en los ámbitos

del trabajo y la sexualidad. Son mujeres y hombres que forman un grupo heterogéneo, cuya disposición para hablar del tema y exponer sus ideas, discriminaciones, violencias, miedos, batallas y luchas fue fundamental como el principal criterio de selección, debido a que una de las grandes categorías: la sexualidad, forma parte de los aspectos íntimos en la vida de las personas y del que no todas pretenden hablar. Sin embargo, estos *cuerpos viejos de la resistencia* (hombres y mujeres heterosexuales, mestizos y de clase media) rompieron las cadenas del silencio y expresaron todas sus significaciones y re-significaciones en cuanto a los estereotipos significados sobre ellos/as con relación al trabajo y la sexualidad.

Cabe mencionar que Tomás, Luz, Conchita y Roberto son personas con un ingreso mensual promedio de seis mil pesos. Es importante referir esto, ya que por lo general los estudios de la vejez se han centrado en la población indígena, marginada y rural, y no en grupos medios o altos, dejando de lado el análisis de estos grupos sociales que también importan, ya que tienen sus propias experiencias, dinámicas y problemáticas de las que poco sabemos y de las que tanto necesitamos aprender.

Los ejes principales dentro de las narrativas fueron los siguientes:

- Ocupación, ingresos económicos/modo de subsistencia, estado civil o situación sentimental, identidad genérica, grado académico.
- Familia, redes de apoyo, amigos/as, vecinos/as.
- Lugar de origen, contexto/tiempo histórico/actualidad.
- Construcción o reconstrucción de juventud.
- Trayectoria laboral, trayectoria de sexualidad.
- Entrada a la vejez, proceso de envejecimiento.
- Concepción del cuerpo viejo, autopercepción.

Entonces, por medio del método biográfico dentro de la investigación, tal como lo señalan Landín y Sánchez (2019), se reconoce a las/os colaboradoras/es como actores activos, protagonistas de sus propias historias:

Que poseen un rico conocimiento construido por su interacción en diversos contextos y tiempos. Es, con el método biográfico narrativo, el cual se ubica dentro del campo de la investigación cualitativa, que podemos dar cuenta de ese rico conocimiento, pues se trabaja con los sujetos a través de la narración que viaja por la memoria para sacar a la luz aquellas experiencias, aquellas imágenes, aquellos recuerdos, sentimientos, ideales, aprendizajes y significados contextualizados en determinado tiempo y espacio. El ejercicio narrativo nos permite: generar estados de reflexión y de conciencia sobre las experiencias vividas, generar una práctica para el establecimiento del diálogo que nos lleva a la develación de subjetividades en conjunto e identificar aquellos genuinos procesos (2019:229).

De esta manera se consideraron como herramientas idóneas y partes fundamentales las entrevistas libres/abiertas a profundidad, junto con las observaciones (y anotaciones continuas en el diario de campo reflexivo), en cada uno de los encuentros con los *cuerpos viejos de la resistencia* para la conexión y entrada de las narrativas, con el propósito de que los relatos se construyeran a partir de un entramado de elementos que aparecían en constante análisis, reflexión y re-significación por parte de las/os colaboradoras/es.

Resultados: los cuerpos que resisten y revolucionan la vejez hegemónica occidental

El proceso de construcción corporal que viven viejas y viejos implica una mirada que se construye a partir de la diferenciación, más que de la similitud de los cuerpos, del cuerpo joven hacia el cuerpo viejo. Se va construyendo por medio de la mirada del Otro, de los imaginarios colectivos y de las representaciones sociales.

¿Cómo se ha construido la vivencia del cuerpo, el trabajo y la sexualidad en viejos y viejas? La vivencia de su cuerpo fue reconocida como grata a pesar del bombardeo constante de los medios de comunicación y de los estereotipos que se asignan a los cuerpos viejos. Reconocen sus cuerpos como añosos, sin la misma energía de años

atrás, pero, contrario al cuerpo joven, ahora lo observan como valioso, respetado y querido.

Cuando cumplí 56 años empecé a notar que mi pelo estaba con canas y empezaba a perder mucho pelo, ya mis entradas eran más pronunciadas y veía que todas las personas querían que yo me tiñera las canas que disque para verme más joven. Luego una tarde que me puse a ver la televisión con mi esposa y vi que muchos de los comerciales que son para nosotros los varones mayores eran sobre tintes y otros eran para hacer crecer el cabello, pero no es de todos ¿eh? Yo creo que son personas que no aceptan su edad y que quieren ser siempre jovencuelos porque así quieren agarrar a una mujercita más joven, porque ya no se sienten atractivos ni tampoco ven atractivas a sus señoras esposas, porque ellas también ya están grandes o que también creen que jamás van a llegar a ser grandes o qué sé yo pues... pero bueno... yo siempre me he preguntado si no se dan cuenta de que el pintarse las canas no quiere decir que seamos menos viejos, porque de fuera podrán verse muy jovencitos, pero por dentro también ellos deben de vivir sus propias cosas y es feo que nieguen sus vivencias por querer tener un cuerpo diferente, pero si les gusta hacerlo porque se ven mejor, está bien, yo lo respeto, pero sí me pongo a pensar en que eso es puro truquito para no querer aceptar su edad y tener la apariencia de lo que nos venden en esa cosa de la televisión y estar rodeado de todas las fantasías también que hay ahí y que son personas que no se parecen en nada, pero en nadita a nosotros los de aquí que si tenemos muchas canas en el poco pelo (risas) [entrevista a Roberto, septiembre, 2020].

A veces me miro al espejo cuando salgo de bañarme y muchas veces pienso que no es el cuerpo que nos pintan en la televisión o en las películas que salen en el cine, que son todas delgadas o muy firmes, y que todas siempre crecemos queriendo tener su cabello, o sus senos o sus nalgas, pero cuando ya somos más grandes seguimos sin aceptarnos y aceptar que los cambios que tenemos son normales, porque yo creo que por eso muchas mujeres no viven con gozo su sexualidad, porque piensan que nadie ya las puede ver así o que nadie las va a querer, o ya no son atractivas y muchas mujeres se la viven comparándose con sus cuerpos de cuando tenían 15 años y eso es imposible, ya crecimos, pues.

Yo digo que vamos a tener muchos cambios, yo tengo el busto ya caído, pero eso no me hace sentir menos, ni Roberto me ama menos o me hace sentir vergüenza en la intimidad; tengo mucha piel que cuelga de mi cuerpo y se me hacen unos rollitos, pero que son muestras de batalla porque nadie vive 67 años y llega intacta y si llega así es porque entonces no vivió con ganas [entrevista a Conchita, agosto, 2020].

En cuanto al tema de sexualidad existen procesos interesantes desde el conocimiento de su cuerpo mediante prácticas como la masturbación, la erótica, “el jugueteo”, de permitirse sentir y obtener placer, vivir una sexualidad no sólo como coital (como objetivo de reproducción en su juventud), sino por elecciones conscientes de demostraciones sexo-afectivas con su pareja. El erotismo, desde la óptica centrada en los/las participantes de la investigación, posibilita la oportunidad de virar la mirada hacia caminos más amplios que incluyan las múltiples prácticas de goce. El arte de la erótica “no en relación con una verdad absoluta de lo permitido o lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino, primero y, ante todo, en relación consigo mismo” (Foucault, 1995, citado en Iacub, 2006:19), tal como lo refiere Conchita:

A pesar de que tengo un esposo desde hace muchos años, fue el primer hombre con el que tuve relaciones e intimidad, yo mantengo y continuo con deseos y a veces muy intensos. Algunas personas que son de mi misma edad o más grandes dicen que ser viejas debe de ser una etapa para estar tranquilas, dedicadas a los nietos y no pensar ni proponer tener nada de intimidad con el marido, pero yo me he dado cuenta que no se trata de ellos ni de Roberto, sino que se trata de mí, esto me costó muchísimo, pero lo he aprendido y ya ahorita y desde hace algunos años atrás si Roberto no quiere tener intimidad porque no tiene ganas o se siente mal y yo tengo esos deseos, pues si necesito yo me masturbo, y es difícil decirlo así tan abiertamente, pero sé que esto es necesario, por favor que esto salga con todas sus letras, es urgentísimo que como mujeres viejas aprendamos a darnos amor, toda la vida crecimos con que debíamos darlo y estar siempre para los demás, pero ya llegó el tiempo de nosotras, pues [entrevista, febrero, 2021].

En cuanto al tema del trabajo también existen procesos interesantes, desde el reconocimiento de su cuerpo como útil, valioso y fuerte, aunque las energías disminuyen, las habilidades de un trabajo realizado por tiempo prolongado siguen intactas. Se han vuelto más selectivos en sus decisiones, más perfeccionistas. Contrario a la juventud con ritmos acelerados, con un empleo que era significado como fuente de ingresos, en la vejez, estos cuerpos han resignificado al trabajo como una herramienta para decirle al mundo: ¡aquí estoy!

Al principio cuando llegué a mi centro de trabajo que me mandaron ya con mi orden y cuando me presenté con mi jefe inmediato él no creía que yo iba a trabajar, pensaba que iba por alguna receta o que buscaba un medicamento porque yo trabajo en el área geriátrica, pero creo que no se imaginó que iba porque ya me habían contratado de más arriba y ya él me llevó con mi jefe superior y también me puso una cara de muy confundido, yo creo que pensó que no sería buena para el trabajo. Igual cuando me presentaron con mi guardia algunos me empezaron a tratar como si fuera tonta (risas), o que no escuchara porque sentí como alaban la voz y me decían las cosas bien despacio, pero esas fueron como los primeros encuentros y nos estábamos conociendo, ya después con confianza me decían que les parecía muy bueno que siguiera trabajando porque ellos conocían personas que por su edad ya no pueden hacer nada, o que por su edad ya no son capaces de nada [entrevista a Luz, diciembre, 2020].

Empecé a sentir que mi hija y mis nietas ya no creían en que debía trabajar porque cuando murió mi señora esposa ella era la que me ayudaba y yo creo que vieron mejor que lo dejara, pero yo sí me he agarrado unos grandes pleitos con ellas ¿ah?, porque ellas piensan que como ya tengo 75 años ya no puedo hacer nada, me prohíben que me suba a la azotea a cortar unos aguacates de un arbolito que tengo o también yo me pongo a mover cosas de mi estudio y lo hago solo, yo me siento bien así. Hay veces en las que mis amigos se casan sus hijas o sus nietas cumplen años y quieren que yo directamente vaya a cubrirles sus eventos y sí voy porque son mis amigos pues, pero ya veo a mis nietas ahí regañándome porque ya no estoy en edad para eso, pero ya lo han entendido poco a poco, no les queda de otra [entrevista a Tomás, diciembre, 2020].

Es urgente abandonar la edad como un dato que precisa un rol o el deber ser de una persona. Los *cuerpos viejos de la resistencia* desde la perspectiva de la sexualidad y el trabajo permiten pensar los cuerpos viejos de manera dinámica y no sujetos a un destino biológico predeterminado. La revolución, la lucha, como refiere Roberto, es urgente:

No me interesa que me vean más joven, ni mucho menos me interesa que me digan que no aparento mi edad, yo quiero que sepan mis años y que todos empiecen a sentirse orgullosos de su vejez. Yo creo que ya llegamos a la época en la que hay que luchar por uno mismo porque nadie lo hará por ti; veo que las mujeres salen a marchar y pintan, y hacen muchas cosas para que las volteen a ver y por eso les aplaudo porque han logrado mucho; veo que los gays igual salen y exigen sus derechos siempre en sus marchas, pero nosotros los viejos aún no despertamos, seguimos ocultos detrás de nuestra juventud que queremos que sea para siempre y seguimos pensando que es malo llegar a ciertos años porque ya no somos valiosos para nadie, pero eso no es cierto, mírame a mí, yo diría que “¡ay vejez, divino tesoro!”... pero bueno, primero es darnos cuenta de que estamos como títeres de todos y ya luego pelear por cambiar eso [entrevista, 2021].

Conclusiones

Los cuatro colaboradores se muestran como cuerpos de la resistencia que día a día cuestionan la situación hegemónica negativa que se ha otorgado a viejos y viejas, por ello consideramos la resistencia como una capacidad con la que cada viejo y vieja cuenta para renacer de la opresión contextual, la cual se origina desde el análisis y la crítica. Es importante aclarar que esto no significa despedazar por completo las opresiones y los estereotipos negativos que se han gestado y reproducido a lo largo de los años, más bien es cuestionar dicha hegemonía (juventud) y reaccionar desde sus posibilidades, ya que permiten abrir un camino hacia la libertad.

La edad es una construcción sociocultural dialéctica y mediada por los procesos de globalización y capitalismo, aparece como categoría relacional con el estadio mayormente prometedor de proyectos como la juventud, al privilegiar a los cuerpos vigorosos que responden a las necesidades de producción:

En el mundo capitalista el interés a largo plazo ya no se practica: los privilegiados que deciden la suerte de las masas ya no temen compartirla [...] La economía está basada en el lucro, a él está subordinada prácticamente toda la civilización; sólo interesa el material humano en la medida en que rinde. Después se lo desecha, en un mundo en mutación en que las máquinas tienen una carrera muy corta, los hombres no deben servir demasiado tiempo. Todo lo que excede de 55 años debe ser arrumbado (Beauvoir, 2011:13).

Son las prácticas corporales de Conchita y Roberto con la experimentación de su sexualidad plena, Luz con la culminación de sus estudios profesionales e inserción al módulo de geronto-geriatria en el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y Joaquín desde su lente y computadora en el estudio fotográfico, lo que nos orilla a replantear la idea de los cuerpos viejos, ya que no habitamos el cuerpo, somos ese cuerpo, como antes anotamos.

Los nuevos relatos sobre las vejeces deben ir encaminados a generar alternativas que permitan el quiebre de espacios de poder hegemónicos y tradicionales; implica una negación en la homogenización de los cuerpos para dar cabida a la multiplicidad de experiencias, prácticas y discursos. Este trabajo de investigación se centró en actores específicos (cuerpos viejos), en sus construcciones e identificaciones con relación a los discursos dominantes, las exclusiones, los maltratos y las violencias que han reducido al cuerpo viejo a un cuerpo inservible, pasivo e improductivo.

Bibliografía

- Alvarado, Alejandra y Ángela Salazar (2014), “Análisis del concepto de envejecimiento”, *Gerokomos*, vol. 25, núm. 2, pp. 57-62.
- Arfuch, Leonor (2016), “Subjetividad, memoria y narrativas: una reflexión teórica y política en el campo de la educación”, *Magis*, vol. 9, núm. 18, pp. 227-244.
- Beauvoir, Simone de (2011), *La vejez*, Debolsillo, Buenos Aires.
- Becerril, Raquel (2015), *Análisis de los hitos de consciencia del envejecimiento a partir de relatos de personas mayores*. Tesis de doctorado. Universidad de Valladolid, Palencia.
- Becerril, Raquel, Nicolás Julio Bores Calle y Victoria Rey Niño (2017), “Imagen corporal, envejecimiento y educación social”, *Revista de Educación Social*, núm. 24, pp. 631-644.
- Butler, Judith (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Casals, Ramiro (1980), “Hacia una sociología de la ancianidad en España”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 11, pp. 91-111.
- Cervantes, Mayán (2011), “Salud y enfermedad, una realidad compleja”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 20, enero-junio, pp. 101-116.
- Esteban, Mari Luz (2004), *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Bellaterra, Barcelona, [http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/si_tios_catedras/practicas_profesionales/825_rol_psicologo/material/descargas/unidad_2/optativa/antropologia_cuerpo.pdf].
- Figari, Carlos (2009), “Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación”. En Carlos Figari y Adrián Scribano (comps.), *Cuerpos(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*, Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 131-139.
- Fuster, Doris Elida (2019), “Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico”, *Propósitos y Representaciones*, vol. 7,

- núm. 1, pp. 201-229, [<http://revistas.usil.edu.pe/index.php/pyr/article/view/267>].
- González, María del Rocío (2005), *Cuando la tercera edad nos alcanza: crisis o retos*, Trillas, México.
- Gurdián Fernández, Alicia (2007), *El paradigma cualitativo en la investigación socio-educativa*, Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana/Agencia Española de Cooperación Internacional (Colección IDER), San José, Costa Rica.
- Iacub, Ricardo (2006), *Erótica y Vejez*, Paidós, Buenos Aires.
- Landín, María del Rosario y Sandra Ivonne Sánchez (2019), “El método biográfico-narrativo. Una herramienta para la investigación educativa”, *Educación*, vol. 28, núm. 54, pp. 227-242.
- López, Sergio (2008), “El cuerpo humano, la cultura y la salud”, *Educação & Linguagem*, año 11, núm. 17, pp. 39-57.
- Martínez, Ana (2004), “La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas”, *Papers*, vol. 73, pp. 127-152.
- Mingorance, Daniel (2014), “El miedo a la vejez”, *Voces en el Fénix*, núm. 36, pp. 118-125.
- Mingorance, Daniel (2013), “Estereotipos sobre la vejez. Conceptualizaciones, historia y etiología. Recomendaciones”, *Atenea*, año 10, núm. 10, pp. 43-56.
- Minois, Georges (1987), *Historia de la vejez. De la antigüedad al renacimiento*, Nerea, Madrid.
- Moya, Ociel (2013), “Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad”, *Polis, Revista Latinoamericana*, vol. 12, núm. 36, pp. 431-451.
- Olavarría, Francisco (2019), “Microedadismos”, *Qmayor Magazine*, [<https://www.qmayor.com/?s=microedadismos>].
- Osorio Pérez, Óscar (2016), “Envejecimiento poblacional: discriminación y políticas públicas integrales”, *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 81/2, pp. 141-172, [<http://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/issue/archive>].
- Pallarés, Enrique (2020), “Edadismo: el ismo postergado”, *Alfa y Omega*, [<https://enriquepallares.files.wordpress.com/2020/01/edadismo-pdf.pdf>].

- Pera, Cristóbal (2012), *Desde el cuerpo. Ensayos sobre el cuerpo humano, la salud y la mirada médica*, Cal y Arena, México.
- Restrepo, Eduardo (2012), *Intervenciones en teoría cultural*, Editorial Universidad del Cauca.
- Restrepo, Eduardo (2010), “Cuerpos racializados”, *Revista Javeriana*, vol. 146, núm. 770, pp. 16-23.
- Reyes, Laureano, Ana Berónica Palacios, Socorro Fonseca y Susana Villasana (2013), “La gerontocracia y el consejo de ancianos”, *Península*, vol. 8, núm. 1, pp. 7-24.
- Trejo Maturana, Carlos (2001), “El viejo en la historia”, *Acta Bioethica*, vol. 7, núm. 1, pp. 107-119, [<http://dx.doi.org/10.4067/S1726-569X2001000100008>].
- Vázquez Palacios, Felipe (2004), “Reseña de ‘El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica’ de Roberto Ham Chamde”, *Estudios Fronterizos*, vol. 5, núm. 9, pp. 131-135.

Fecha de recepción: 06/02/22

Fecha de aceptación: 26/05/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20225745-72